

biera seguido bien dormido. Pero no por esto dejó la vieja de atender también á mister Dombey tomando de él un portamonedas en que á pesar de las precauciones para no hacer ruido, sonó el oro.

La sombría mirada de la hija siguió á mister Dombey hasta la puerta : así notó cuán pálido se iba, de qué manera su precipitación al marcharse revelaba su angustia y sus ansias por verse ya bien lejos. Cuando quedó cerrada la puerta miró Alicia en torno de la habitación, parando la mirada en su madre. La vieja se acercó, enseñó el bolsillo apretándolo con avaricia y como si mirase á la calle, á través de la puerta dijo.

— ¿ Qué va á pasar ?

— Una desgracia — contestó la hija.

— ¡ Un homicidio ! — exclamó la vieja.

— Está loco, arrebatado por el orgullo y por la ira. Lo que hará no lo sabemos nosotras ni él tampoco.

Tuvó una mirada fulminante, pero su rostro siguió impávido y sus labios no se colorearon.

Ni la madre ni la hija dijeron una palabra más. La madre contó con avidez las monedas : la hija se ensimismó en sus pensamientos : Robin siguió dormido. Únicamente el loro, olvidado en su jaula estaba en movimiento. Trepaba y descendía cogiéndose á las barras y anilla con su pico torcido. Se agarraba de través y cabeza abajo, se empinaba para llegar al techo de su encierro : era como si conociese el peligro de su amo y á costa de desesperados esfuerzos quisiera salir volando hasta él á prevenirle.

## CAPITULO LIII

### MÁS INFORMES

Dos personas había unidas al traidor por vínculos de parentesco — su hermano y su hermana, de quienes había renegado — abrumados por el ultraje acaso más que la misma víctima. Grande era la indiscreción social, grande la pesadumbre que en mister Dombey esta indiscreción producía, pero esto mismo le había servido de acicate para correr en seguimiento de la venganza. La sociedad había sobreexcitado su pasión é irritado su orgullo, inspirándole con esto como un ideal para su vida, como un objeto de su existencia intelectual. Toda la obstinación é implacabilidad de su naturaleza, toda la impenetrabilidad y dureza de su carácter, todo el exagerado concepto de su personal importancia, toda su celosa predisposición á resentirse por la más leve falta en el reconocimiento de su grande superioridad sobre todos, eran como corrientes varias reunidas en una que impetuosamente le arrastraba. El más violento impulso de ira hubiera sido menos de temer en mister Dombey que aquella sombría preocupación, en que parecía sumido. Una fiera se habría dejado amansar más

fácilmente que este grave caballero, cuya pechera almidonada no tenía la menor arruga.

Pero la gran intensidad de sus propósitos casi constituía un cambio en su estado. La incertidumbre respecto al sitio donde se había refugiado el traidor era como una derivación para la corriente de sus iras acertando su empuje. Pero el hermano y la hermana de aquel pérfido amigo no tenían este remedio: todos los hechos de su vida, pasada y presente, contribuían al aumento de su aflicción.

La hermana podía decirse, tristemente, que acaso, si hubiera seguido al lado de su hermano éste no habría cometido aquella infamia. Si se lo decía en efecto era sin lamentarse de lo hecho, sin sentir el haber obtado por los deberes que estaba cumpliendo, sin dar mayor valor á su acto. Pero cuando esta misma posibilidad se representaba en el ánimo del arrepentido hermano, los reproches que á sí mismo se hacía eran más dolorosos y tenaces. No acusaba á su cruel hermano; se acusaba á sí mismo, se lamentaba de su indignidad propia y no pensaba sino en que él era la causa de los sufrimientos de su hermana.

La mañana del mismo día en que pasaban los acontecimientos expuestos en el capítulo precedente y en que la sociedad que rodeaba á mister Dombey tenía su atención concentrada en la fuga de su mujer, los dos hermanos estaban almorzando cuando por la ventana del comedor vieron venir hacia la casa un hombre: era Pech, el ordenanza de la oficina.

— He salido de Ball's Pond muy temprano — dijo Perch al tiempo que se limpiaba los zapatos, no porque estuvieran enlodados sino por costumbre de hacer esta operación al entrar en las casas — para dar cumplimiento á un encargo que me dieron anoche.

Es una carta para usted, señor Carker. Hace hora y media que se la hubiera traído, á no ser por el susto que me ha hecho pasar mi mujer. Pueden ustedes creerme — añadió Perch modestamente — he creído que la perdía esta noche, en cinco momentos distintos.

— ¿ Está enferma? — preguntó Enriqueta.

— Diré á usted — añadió Perch cerrando cuidadosamente la puerta — es que toma muy á pecho lo que está pasando en la casa. Está muy delicada de nervios y sin fuerzas. Por supuesto, que hasta los nervios más robustos tienen que resentirse de este choque. Usted mismo lo está sintiendo; de seguro.

Enriqueta miró á su hermano y contuvo un suspiro.

— Yo también me resiento — prosiguió Perch — me resiento en mi humilde esfera mucho más de lo que hubiese creído posible. Estoy como si dijéramos emborrachado: me despierto por las mañanas como si me hubiera acostado con unas cuantas copas de sobra.

Los síntomas que presentaba Perch corroboraban su dicho: tenía aspecto de cansado, como quien se ha tomado unas copitas de más, y la verdad es que sí, si se las había tomado en las numerosas estaciones hechas durante la travesía de su casa á la de mister Carker; estaciones representadas por las tabernas conocidas, donde le acosaban á preguntas sobre el acontecimiento del día.

— Por consiguiente — añadió Perch moviendo la cabeza — puedo apreciar muy bien el estado de ánimo de las personas á quienes particularmente afectan los tristes acontecimientos.

Áquí se quedó Perch como esperando alguna confidencia; visto que no había confidencia, tosió ponién-

dose la mano en la boca, y como tampoco obtuvo resultado volvió á toser, está vez detrás del sombrero. Nada; era inútil. Entonces dejó el sombrero en tierra, exploró los bolsillos y sacó de uno de ellos una carta.

— Si mal no me acuerdo, no tiene contestación esta carta — dijo Perch sonriendo afablemente — sin embargo, tendrá usted la amabilidad de verlo.

John Carker abrió aquella carta, leyó su contenido, que era sumamente breve y dijo á Perch :

— No; no hay contestación.

— Vaya, pues tenga usted muy buenos días, señorita — dijo Perch dando un paso hacia la salida — y no se dejen ustedes abatir por las malas noticias. — Los periódicos — añadió Perch dando dos pasos más hacia la puerta de salida y hablando con aire misterioso — están ansiosos de noticias mucho más de lo que parece. Un redactor del *Domíngo*, de levita y sombrero de copa, que antes había querido sobornarme — ya comprenderán ustedes con que resultado ¿verdad? — estuvo en el patio á las ocho y veinte minutos, anoche. Yo le vi que estaba mirando por el ojo de la cerradura en la puerta del escritorio.

Pues hay otro — prosiguió Perch — con aire militar que se estuvo paseando todo el día, el domingo, por la sala de las *King's Arms*. La semana pasada se me cayó en esta misma sala un papelito con algunas observaciones mías y al siguiente día, que era domingo, salieron estas observaciones en el periódico : ni más ni menos.

Perch se metió la mano en el bolsillo como para sacar el citado periódico, pero comprendiendo que sus interlocutores no tenían interés en verlo, en vez del periódico sacó los guantes de castor, cogió el sombrero y se marchó. Aún no era de noche

cuando Perch había contado innumerables veces, en las *King's Arms* (Armas del Rey) y otros sitios, cómo miss Carker le había recibido con lágrimas, estrechándole ambas manos y diciéndole « ¡Oh, mi querido Perch! ¡Cuánto alivia mis penas el verle! » y de qué manera mister John Carker le había dicho, con temible voz : « ¡Perch, reniego de él : no me lo mencione usted nunca : ya no es mi hermano ! »

— Querido John — dijo Enriqueta cuando estuvieron solos y después de unos momentos de silencio — ¿hay malas noticias en esa carta?

— Sí; pero no inesperadas — contestó John. — Ayer vi á quien la ha escrito.

— ¿Quién es?

— Mister Dombey. Pasó dos veces por el escritorio, estando yo. Tal vez hubiera podido esquivarme, pero he comprendido que era inútil, que al cabo se fijaría en mí : naturalmente, mi presencia tenía que ofenderle, yo mismo me hago cargo.

— ¿No te dijo nada?

— No, no me dijo nada, pero vi que se fijaba en mí un instante y comprendí que pasaría lo que pasa; me despide.

Enriqueta hizo cuanto pudo para disimular su emoción : pero la noticia era triste, por muchas razones.

— « No creo necesario explicarle — dijo John leyendo en alta voz la carta — porqué razón el nombre de usted se me hace insopórtable, á pesar de la distancia que de mí le separa, y cuánto me desagradaría tropezar, dentro de mi oficina, con una persona que lo lleva. Le notifico que deja usted de formar parte de esta casa á partir de esta fecha, y le prevengo que no debe tratar de restablecer comunicación de ninguna especie conmigo ó con mi casa ». — A esta carta

(añadió John Carker) acompaña una cantidad que paga largamente mis honorarios. Sabe Dios, Enriqueta, hasta qué punto debemos considerar esta despedida comedida y atenta, después de todo lo acaecido.

— Suponiendo que pueda considerarse comedido y atento el hacerte responsable, en grado mayor ó menor, de las faltas ajenas.

— Para él somos una raza ominosa. Tiene razón al querer alejar de su lado nuestro nombre, al considerar execrable y malvada nuestra sangre. Yo también lo creería así, Enriqueta, si no fueras mi hermana.

— No hables de esa manera, hermano. Si realmente me quieres, como yo creo que me quieres aunque no tengo más títulos para tu cariño que mi propio afecto, si realmente me quieres, no vuelvas á pronunciar tales palabras.

John se tapó la cara con las manos, pero no se resistió cuando su hermana, acercándose á él, cogió aquellas mismas manos apretándolas cariñosamente.

— Al cabo de tantos años tiene que sernos muy penosa una separación — dijo la hermana — y más siendo tan dolorosa la causa. Pero tenemos que vivir y para esto hemos de considerar muy de cerca nuestros recursos. ¡Bien, bien! No hay razón para que desmayemos. Esto nos honra; no lo tomemos á pesadumbre: luchemos, John, y luchemos ambos de concierto.

Una sonrisa se dibujaba en sus labios al mismo tiempo que le abrazaba rogándole que tuviera buen ánimo.

— ¡Oh, querida hermana! ¡Unida, por tu noble voluntad, á la suerte de un hombre empobrecido! ¡Á un hombre cuya reputación está manchada, que

no tiene amigos y que es causa de que tú tampoco los tengas!

— ¡John! — exclamó su hermana poniéndole la mano en los labios — ¡cállate ya, por mí, por nuestra fraternidad á tantas pruebas sometida!

John Carker se calló, efectivamente, al momento. Enriqueta se sentó en una silla, cerca de su hermano y siguiendo la conversación le dijo:

— Ahora, te confesaré que ya me estaba temiendo yo esto que nos pasa. Así me habia resuelto, como preparación para cualquier suceso desgraciado, á revelarte un secreto que guardo y es que tenemos un amigo.

— ¿Y cómo se llama nuestro amigo? — preguntó John con amarga sonrisa

— No lo sé; pero me ha hecho verdaderas protestas de amistad y de deseo de servirnos: desde aquel día tengo confianza en él.

— ¡Enriqueta! — exclamó sorprendido su hermano. — ¿Dónde vive este amigo?

— Tampoco lo sé — contestó Enriqueta — Pero él sí nos conoce, á los dos, y sabe nuestra historia, toda nuestra pequeña historia. Esta es la razón, que él mismo me ha indicado, por la cual no te dije que habia tenido aquí su visita.

— ¡Aquí! ¿Ha estado aquí, Enriqueta?

— Aquí, en este cuarto. Una vez.

— ¿Qué clase de hombre?

— No joven. La cabeza cana — como dijo — y en camino de ser pronto enteramente blanca. Su carácter es generoso y franco; estoy segura de ello.

— ¿No le has visto más que una vez?

— En este cuarto una sola vez — contestó Enriqueta con leve rubor en sus mejillas — Pero en esta

visita me rogó que me dejase ver una vez por semana ; que él pasaría por delante de casa y que mi presencia en la ventana querría decir que no teníamos novedad y que no le necesitábamos. Por que el objeto de su visita no era otro que el ponerse á nuestra disposición por si carecíamos de algo.

— Y una vez por semana...

— Desde entonces, un día fijo, á la misma hora, pasa á pie, en dirección á Londres y no se detiene más que para dirigirme un saludo con la mano, amablemente, como bondadoso protector. Me propuso estas curiosas entrevistas y las realiza de una manera tan leal y complaciente que si tuviera yo algún reparo que oponerlas (no lo tengo, John, puesto que su manera de proceder es ingenua y sincera), desaparecería con sólo considerar su franqueza. El lunes último — el primero después del terrible suceso — no pasó : entonces he pensado si tendría alguna relación esta ausencia con los hechos que lamentamos.

— ¿Cómo? — interrogó el hermano.

— No lo sé. Unicamente me he fijado en la coincidencia. Pero tengo seguridad de que vendrá. Entonces le diré que te he hablado de esto y me permitirás que os ponga á los dos en relación. Estoy segura de que nos ayudará á encontrar un nuevo modo de vivir. Manifestó deseos de auxiliarnos para que la existencia nos resulte más suave. Yo le he prometido que si alguna vez necesitamos de un amigo me acordaré de él : entonces conoceremos su nombre.

— Enriqueta — dijo su hermano que había escuchado con mucha atención — describeme ese caballero : es imposible que yo no le conozca.

Lo describió Enriqueta, de la manera más detallada que pudo : su fisonomía, su estatura, su traje. Pero

á pesar de esto John Carker no conoció el original, bien porque la descripción no fuera suficientemente exacta, bien porque la preocupación en que se hallaba sumido Carker no le permitiera enterarse como debía.

Sin embargo, convinieron ambos hermanos en que John vería el original tan pronto como se presentase. Esto resuelto dedicóse animosamente la hermana á sus ocupaciones habituales, mientras que el empleado de Dombey, al verse por la primera vez libre, sin haberlo solicitado, en medio del día, se distrajo en labores de jardinero.

Ya estaba muy adelantada la tarde y estaba leyendo en voz alta el hermano mientras Enriqueta cosía, cuando interrumpió su tranquilidad un golpe dado con el llamador en la puerta. En aquella atmósfera de inquietud que les rodeaba, el golpe en la puerta les produjo notable sobresalto y alarma. John se levantó y fué á abrir, mientras su hermana se quedó mirando en actitud de timidez. Enriqueta oyó hablar, conoció que su hermano se manifestaba sorprendido y, por último, vió entrar á éste juntamente con otro caballero.

— Enriqueta — dijo su hermano presentando al caballero visitante — el señor Morfin, empleado en la casa de mister Dombey durante largo tiempo con James.

Enriqueta, que se había levantado, retrocedió como si hubiera visto un fantasma. En el caballero presentado reconoció al misterioso amigo, de cabellos canos, de noble faz, ancha frente y ojos pardos!

— ¡John! — exclamó Enriqueta — este es el caballero de quien te he hablado.

— Señorita Enriqueta — dijo al momento el visi-

tante — no sabe usted qué peso me quita usted de encima al decir que ya ha hablado de mí á su hermano. Venía pensando cómo daría yo estas explicaciones y no encontraba el medio. En fin, mister John, no soy aquí un verdadero extraño. Mucho se ha sorprendido usted al verme en su puerta; mucho más lo estará usted, probablemente, ahora. Pero en todo esto no hay nada que pueda llamarse extraordinario. Si no fuéramos siervos de lo que se llama la costumbre, seguramente no nos asombraríamos tantas veces.

Á todo esto había saludado á Enriqueta, tomando asiento cerca de ella, quitándose los guantes y echándolos dentro del sombrero, puesto encima de la mesa.

— No hay porqué sorprenderse — añadió dirigiendo la palabra á John Carker — de que haya querido yo conocer á su hermana y de que me haya valido de este medio para ello. En cuanto á la regularidad de mis visitas (sin duda ya estará usted informado) tampoco es cosa extraordinaria. Me acostumbé á ellas y nada más: siervo de la costumbre!

Se recostó en la silla, metió las manos en los bolsillos y miró al hermano y á la hermana como si le interesara mucho verlos reunidos. Luego, hablando con una especie de meditación irritada:

— Por eso mismo, por efecto de la costumbre, es por lo que muchos son capaces de todo lo bueno y muchos capaces de toda clase de villanías — sin contar los indiferentes — concordantes con la naturaleza de su arcilla: blandas estatuas en la que se puede imprimir la huella de las convicciones. Juzgue usted de estas influencias por mí mismo, John. Durante años, de cuyo número ya ni me acuerdo, he desempeñado mi papel, modesto y exactamente definido en el escritorio de mister Dombey. Allí he visto al hermano de

ustedes (un infame, según lo ha demostrado él mismo; perdóneme su hermana, pero tengo necesidad de decirlo), allí he visto á su hermano dilatando cada vez más su influencia, hasta que la oficina y sus negocios llegaron á ser para él un mero pasatiempo. En tanto trabajaba usted día tras día en su oscuro pupitre, mientras que yo, contento con que nadie me perturbase desempeñaba mi cometido, lo mismo que una máquina — otro efecto de la costumbre — sin inquietarme por lo que en derredor de mí pasaba y que yo creía muy en orden. Llegaban con la mayor regularidad las noches de los miércoles y con ellas nuestros regulares cuartetos; mi violonchelo estaba á tono y en mi mundo la armonía resultaba completa, sin que me importase poco ni mucho lo que fuera de mi mundo pasara.

— Aseguro á usted que en todo ese tiempo no ha habido en la casa quien fuera ni más querido ni más respetado que usted — dijo John Carker.

— ¡Bah! Buen natural y condescendencia; cuestión de costumbre. Así le parecía bien al gerente: así le parecía bien al principal y así me parecía lo mejor, á mi mismo. Hice lo que podía hacer, sin lisonjear ni á uno ni á otro, muy contento con ocupar un puesto en que no me veía obligado á lisonjas. Y así hubiera continuado hasta hoy á no ser porque mi despacho tenía un tabique delgado. Puede usted decir á su hermana que mi despacho estaba separado del de mister Carker por un tabique.

— Una sola habitación partida en dos por una pared, como mister Morfin explica — dijo John á su hermana volviendo en seguida la vista hacia su interlocutor y en espera de sus explanaciones.

— He silbado, he tarareado canciones, he ejecu-